

Populismo y extrema derecha en el mundo actual*

Entrevista con Cas Mudde, por Mauricio I. Dussauge Laguna

El extremismo, especialmente el de derecha, representa una de las amenazas más ominosas para las democracias actuales. Esto es así no sólo en las democracias recientes, como las latinoamericanas, sino también en algunas de las más consolidadas en el mundo. El profesor Cas Mudde, reconocido especialista en populismos y extrema derecha, ha dedicado varios libros y artículos al análisis de este tema desde inicios del siglo XXI. En la entrevista que sigue, realizada por el profesor Mauricio I. Dussauge Laguna, Mudde resume sus hallazgos más destacados y ofrece reflexiones sobre el tema, con especial énfasis en las implicaciones para las democracias latinoamericanas.¹

Mauricio I. Dussauge Laguna (MIDL): Gracias, profesor Mudde, por esta entrevista. Tengo mucho interés en escuchar sus opiniones acerca del populismo y la derecha radical (y la intersección entre ambos), los cuales han sido dos de sus principales temas de investigación. También me gustaría escuchar sobre su experiencia como investigador, dado que las y los actuales estudiantes de doctorado e investigadores que están iniciando su carrera seguramente estarán muy interesados en aprender sobre la manera como desarrolla su trabajo.

Respecto al primer tema, quisiera hacerle algunas preguntas. Primero, ¿podría recordarle a las y los lectores cuáles fueron los principales argumentos de su artículo clásico “The Populist Zeitgeist”,² que desde hace veinte años lo colocó en la lista de

* La entrevista se realizó por videoconferencia el 17 de abril de 2024. Se transcribió y se tradujo con apoyo de paquetes computacionales gratuitos en línea. El profesor Mudde revisó y aprobó los contenidos de la entrevista en su versión preliminar en inglés. El profesor Dussauge Laguna revisó y editó la transcripción inicial, y realizó la traducción del inglés al castellano.

¹ Nota del editor.

² Publicado en 2004, en *Government and Opposition*, 39 (4), p. 541-563.

los “autores que hay que leer”? ¿Qué cree que ha cambiado desde que escribió ese texto, tanto en términos académicos como políticos?

Cas Mudde (CM): Creo que hay una diferencia entre cuál es el argumento principal del artículo y cuál es su principal conclusión, lo cual es interesante. El artículo se cita casi exclusivamente por la definición que doy en él; una definición que se ha vuelto bastante popular en la que describo el populismo como una ideología delgada (*thin-centred*) que considera que la sociedad está, en última instancia, separada en dos grupos homogéneos y antagónicos: el pueblo puro versus la élite corrupta. La definición sostiene que la política debería ser una expresión de la *volonté générale* o la voluntad general del pueblo. Ésta es una definición que he estado desarrollando durante un par de años, en parte, junto con un estudiante de posgrado de la Universidad de Amberes, Jan Jagers.

Como dije, ésta ha sido, desde el principio, la principal fuente de citas. Sin embargo, la premisa clave del artículo en realidad tiene que ver con el título: argumento que, en Europa occidental, en ese momento, había algo que podríamos llamar *Zeitgeist* (espíritu del tiempo) populista. Y lo que quiero decir es que veo el populismo como una ideología, o por lo menos como un conjunto de ideas, y que elementos de esta ideología, es decir, elementos del populismo, se han vuelto algo común y corriente. En realidad, mi punto era que el discurso en la política y, más ampliamente, en la cultura, estaba cambiando hacia una especie de visión propueblo y antiélite, pero no necesariamente populista, ya que a veces sólo estaba presente uno de los dos elementos. Los puntos clave del populismo, según mi definición en el artículo —que no los retoman otros académicos, precisamente—, son la homogeneidad de las categorías y la distinción moralista.

Entonces, una de las cosas que noté fue que cada vez más políticos hablaban del pueblo como algo homogéneo en lugar del antiguo sentido pluralista de un grupo de personas diferentes, o una especie de categoría amplia que incluía a varios grupos. También vi un discurso más moralista, en particular, más antisistema que, curiosamente, proviene en gran medida del *establishment* (élite), pero también de periodistas y políticos. Ésa era la tesis principal: que los elementos del populismo se estaban volviendo más comunes en la política cotidiana, pero también en la cultura cotidiana.

Una de las cosas que recuerdo (y tal vez sea algo neerlandés) como uno de los mayores productos de exportación económica y cultural de los Países Bajos, a principios de la década de 2000, fue el programa de televisión Gran Hermano (*Big Brother*). Recuerdo haberlo visto en Escocia y haber pensado: “¿Por qué millones de personas observan lo que hace la gente común?”. Hace veinte o treinta años no mirábamos a la gente común. Veíamos a gente excepcional. Para mí, no fue sólo una discusión sobre la alta política. También se trataba del discurso político. Una de las cosas que se veía cada vez más en la cobertura de noticias, por ejemplo, era una entrevista con “el hombre de la calle”, y esa persona luego era presentada como el *Vox Populi*, es decir, como la voz del pueblo que decía algo que era inherentemente cierto. Entonces, los políticos tendrían que responder a lo que decía esa persona. A menudo, ese hombre de la calle (la mayor parte del tiempo era un hombre, pocas

veces era una mujer) era muy crítico con “los políticos” —como categoría—. Y los políticos no decían “bueno, eso no es cierto”, ni siquiera cuando muchas de las críticas en realidad no eran pertinentes, pero lo aceptarían como, “¡Sí!”. Para mí, eso fue una especie de populismo: asumía esta distinción entre “buena gente” y “malos políticos”/“malas élites”. Ése fue mi argumento clave.

Al releer el artículo (porque recientemente me pidieron que reflexionara sobre el mismo), debo decir que, si bien mi argumento sobre un *Zeitgeist* populista está claramente expresado, no queda claro dónde veo exactamente ese *Zeitgeist* ni cómo medirlo. Hay un estudioso del populismo neerlandés, Matthijs Rooduijn, que refutó mi argumento sobre el *Zeitgeist* populista en su tesis doctoral, donde analizó específicamente, mas no exclusivamente, los programas de gobierno de los partidos políticos. Creo que realmente nunca creí que el tema estuviera allí. Para mí, se trata del discurso de la política. Ahora bien, ¿eso significa que creo que el populismo es un discurso? No, creo que las ideologías se expresan a través del discurso, aunque también se pueden expresar a través de los programas de gobierno y las políticas partidistas.

MIDL: *Veinte años después de su artículo, si observa no sólo los discursos, sino también las otras dimensiones que comenta, ¿pensaría que las cosas han cambiado? ¿Estamos todavía en la era del Zeitgeist populista o cree que ya pasó?*

CM: No se puede hablar globalmente porque en ciertos países [el populismo] llegó antes y potencialmente desapareció. Creo que con la pandemia ha cambiado mucho. El Covid-19 ha roto, en gran medida, el discurso populista, a pesar de la atención desproporcionada a lo que los alemanes llaman *Querdenker*, este tipo de inconformidades. Encuesta tras encuesta muestra que la gran mayoría, en casi todos los países, se apoyaron en las políticas gubernamentales y creyeron en los expertos. Es muy claro que el Covid-19 venía acompañado del muy conocido discurso de guiarse por expertos. Uno no salió a la calle a preguntar qué debería hacer, sino que fue con un médico o con un académico. Entonces, creo que la situación ha cambiado un poco. Pero algunos aspectos definitivamente siguen ahí. Todavía se encuentra en muchos artículos periodísticos y discursos esta idea de un pueblo no necesariamente puro, pero sí inocente; y de una élite entre incompetente y corrupta, lo cual, por supuesto, no siempre carece de fundamento. Quiero decir, la corrupción es endémica probablemente en la mayoría de los países del mundo. Pero eso se ve incluso en países que objetivamente tienen muy poca corrupción, como Estonia, Finlandia o los Países Bajos. Entonces, todavía lo veo.

Pero mi problema es que no estoy seguro de que existan políticas populistas. Podría ir más allá: no estoy seguro de si realmente hay tantas (o algunas) políticas que en sí mismas, sin una justificación, podrían considerarse de cierta ideología. Por ejemplo, se podría pensar que desregular, mercantilizar o privatizar cosas es, por definición, un signo de neoliberalismo. Pero también se puede pensar, por ejemplo, en un país donde los partidos tradicionales están estrechamente entrelazados con las potencias económicas, que estas políticas están destinadas a romper el poder de las élites. Entonces, se ve que en ciertos partidos de extrema

derecha que tenían el discurso neoliberal de aumentar el mercado, por ejemplo, el FPO en Austria, gran parte de la justificación fue en realidad que el sistema —este capitalismo de cuates (*crony capitalism*), por decirlo provocativamente— que tenía Austria dio una ventaja injusta a los rivales del FPO. Y si nos fijamos en cuál es realmente su política pública, vemos que ésta no es verdaderamente neoliberal, sino una mezcla de cosas. Lo mismo pasa si quisieras cerrar fronteras. No significa que seas racista o nativista. En realidad, es posible que tengas argumentos puramente de seguridad, que no están relacionados con el origen étnico o los argumentos económicos. Entonces, para mí, lo que hace que las políticas públicas sean populistas es la justificación.

MIDL: *Estos comentarios son muy interesantes y puedo ver ecos de lo que usted dice en algunos casos latinoamericanos, incluido México. Por ejemplo, el actual presidente ha estado impulsando algunas políticas que hace algunos años habrían sido etiquetadas como neoliberales, pero que ahora se asocian con medidas populistas. Voy a profundizar más en lo que está diciendo. En cierto modo, tal vez eso desafíe su principal argumento sobre el populismo como ideología, en contraposición al populismo como estrategia; o permítame reformularlo. Usted dice que el populismo es una ideología, un discurso, y que no podemos encontrar políticas populistas. Sin embargo, con los populistas que impulsan cualquier política que se les ocurra, pero la presentan de tal manera que puedan ser apoyadas por sus partidarios, ¿estamos dejando de lado las partes ideológicas del populismo y entrando en las características pragmáticas y estratégicas de los movimientos populistas?*

CM: Ésa es la discusión habitual sobre si los políticos actúan de manera ideológica u oportunista, estratégica o como quiera llamarse. Para mí, ése es el centro de una discusión que, personalmente, no encuentro demasiado útil: si el populismo es una ideología, un discurso o un estilo. Porque, al final, para prácticamente todas las preguntas que hacemos —por ejemplo, ¿por qué estos partidos o estas políticas tienen éxito?—, no importa si el populista cree en su populismo. Mientras la gente crea que es un actor populista, actúa en consecuencia. ¿Milosevic era un nacionalista? Claramente; en términos de su discurso, lo era. Pero cedió mucho territorio de Serbia. ¿Son los neoliberales realmente neoliberales? Una vez más, en su discurso justifican las políticas, pero, al mismo tiempo, abrazan la interferencia del Estado en ciertas cosas. Creo que esto no es específico del populismo; muchas de las críticas al concepto de populismo son completamente exageradas. Hay otros conceptos fundamentales en la ciencia política que al menos son igualmente debatidos y cuestionados: democracia, libertad, poder. En ese sentido, para mí, las dos no son excluyentes, porque creo que la ideología sí juega un papel para las personas y para los políticos, sin decir necesariamente que todos sean ideológicos. Aceptamos ciertas políticas, ciertas acciones, porque son parte de una narrativa ideológica. Para mí, los políticos utilizan esa narrativa, pero eso no significa que no crean en ella. Me cuesta creer que políticos populistas como Orbán (o como AMLO) no crean que existe una élite malvada y corrupta que está tratando de marginarlos, y que en realidad son la voz del pueblo. O, al menos, que sus problemas, valores e

intereses se superponen con lo que consideran personas genuinas. ¿Es eso algo por lo que son fundamentalistas? No. Pero ningún político es cien por ciento coherente, ¿verdad? Nuevamente, para mí eso no es una contradicción. Creo que la razón por la que digo que es una ideología y no simplemente una estrategia es: ¿cuál es, entonces, la estrategia?, ¿para qué? La gente dice “bueno, es una estrategia para llegar al poder”, pero lo que vemos es que, cuando están en el poder, todavía la utilizan. Entonces, si siempre utilizas la misma ideología como estrategia, ¿cuál es la diferencia entre ser ideológico o estratégico?

MIDL: *Ahora que usted menciona algunos casos específicos, ¿cuál es su opinión sobre la manera como se difieren los populismos en el mundo? La mayor parte de su trabajo se ha centrado en Europa, Estados Unidos e Israel, aunque también ha realizado algunos trabajos en América Latina. ¿Qué diferencias percibe entre los movimientos populistas en estas regiones, ya sea en términos de los discursos que retratan o las ideas que impulsan? ¿Podemos pensar en un movimiento populista global o existen variedades entre los países desarrollados y en vías de desarrollo? Si es así, ¿cuáles serían las diferencias o similitudes que observa en estas regiones?*

CM: Esto puede que se traslape con algunos puntos que discutiremos más adelante, pero permítame explicar por qué no me considero un estudioso del populismo, sino un estudioso de la extrema derecha. Comencé a estudiar los partidos de extrema derecha en Europa para ser más específico, que es en donde todavía veo mi principal experiencia. Empecé a trabajar sobre el populismo por dos razones. Uno, porque a raíz de la Gran Recesión en Europa occidental surgieron un par de nuevos tipos de partidos de protesta que compartían algunos aspectos fundamentales con la extrema derecha. Se trataba, particularmente, de Syriza y Podemos, y algunos otros. Creo que el término “populismo” capturó lo que estos dos tenían en común. La segunda razón por la que comencé a escribir más sobre esto fue instrumental: me había mudado a Estados Unidos donde nadie estaba interesado en los partidos de extrema derecha en Europa, en ese momento. Tuve la oportunidad de obtener una beca de un año en el Kellogg Institute de Notre Dame, conocido por su interés en América Latina. Me pidieron que pensara en algo que fuera relevante para esa región; hablé de lo que hice y pensé “¡eso es, populismo!”. Hay elementos de eso tanto en América Latina como en Europa. Puedes verlo a nivel interregional. Luego conocí a Cristóbal Rovira Kaltwasser, quien estudiaba exactamente lo mismo y en el mismo momento, pero su especialidad era América Latina, aunque en ese entonces estaba radicado en Europa. Tuvimos una colaboración fenomenalmente fructífera y productiva, que me hizo trabajar mucho más sobre el populismo de lo que jamás hubiera pensado, porque, en última instancia, para mí, el populismo es casi siempre una característica secundaria de los partidos y políticos populistas. De hecho, me alejé del populismo casi inmediatamente después de publicar *Populismo: una breve introducción*, en 2017, porque en ese momento (justo después del Brexit y de Trump), casi todo el debate bajo el término populismo en realidad giraba en torno a un subconjunto específico al que antes había llamado “derecha radical

populista”. Por otras razones que explicaré más adelante, creo que ahora es mejor llamarlo extrema derecha (*far-right*).

Digo todo esto porque creo que el populismo tiene valor como categoría, pero, en última instancia, sólo se relaciona con un pequeño subconjunto de cosas de lo que hacen los actores populistas. Por eso, es muy difícil hablar particularmente de populistas en el Norte Global o de populistas en el Sur Global —que es más diverso—. Basta pensar en América Latina, donde tradicionalmente se distinguen tres oleadas de populismo. Las tres fueron fundamentalmente diferentes entre sí. Y yo diría que ahora tenemos una cuarta ola, que también es diferente. Una es el populismo de sustitución de ingresos de Perón. Luego, tuvimos el populismo neoliberal de Menem. Después, el populismo socialista de Chávez. Ahora, tenemos el populismo de extrema derecha de Bolsonaro. Lo importante es que todas estas olas sólo se aplican a un par de países. Esto es interesante porque los académicos, particularmente latinoamericanos, a menudo critican la investigación sobre Europa o dicen “bueno, ustedes hablan de este poder populista, pero estos son sólo partidos pequeños. Nosotros sí tenemos presidentes que realmente tienen poder”. Ahora bien, dejando de lado que muchos de estos presidentes en realidad no tenían tanto poder porque no controlaban el Congreso, siempre fue una minoría de países; en algunos casos, sólo dos, como la segunda ola; en otros, tres, tal vez cuatro. Incluso, entre ellos había diferencias muy grandes. Si miras a Ecuador y Bolivia, en términos organizacionales, son diferentes. Creo que en la literatura se ve a menudo que la diferencia clave es organizacional.

El argumento es que el populismo se presenta en forma de partidos en Europa y en forma de líderes o algún tipo de movimiento no institucionalizado en el Sur Global. Creo que esto no es realmente regional, no tiene nada que ver necesariamente con el desarrollo económico, sino con el sistema político. Generalmente, en los sistemas presidenciales se ven movimientos políticos que están más orientados al líder. Hasta cierto punto, se podría argumentar que ése fue el caso de Trump en Estados Unidos. En los sistemas parlamentarios, o que tienen partidos políticos más desarrollados, se ve que el populismo surge a través de la forma partidaria; hasta cierto punto, se podría pensar en Chile y José Antonio Kast, en el Sur. Lo mismo ocurre con gran parte de la literatura que habla sobre si, en el Sur, el populismo es progresista o incluyente, mientras que, en el Norte, es reaccionario y excluyente. Creo que eso siempre se ha planteado demasiado simple. La extrema derecha también incluye grupos que —al menos— se sienten marginados y, en cierto modo, lo están. Por supuesto, ahora sabemos que, con la cuarta ola de populismo de extrema derecha en América Latina, figuras como Kast y Bolsonaro son tan excluyentes —creo— como el populismo de extrema derecha en el Norte.

Estas comparaciones amplias son problemáticas, aún más si se tiene en cuenta a Europa Central y Oriental. Porque mucha gente habla de Europa como un conjunto homogéneo, pero en realidad se refieren a Europa occidental. Como he argumentado en el prólogo del nuevo libro en español, *Populismo y derecha radical en el siglo XXI* (UNR Editora, 2024), que recopila algunos de mis escritos anteriores, muchas de las críticas que ahora provienen de académicos del Sur Global sobre la literatura en

torno al populismo es que es demasiado eurocéntrica. Esa crítica plantea puntos que en realidad también son relevantes para los países de Europa. Por ejemplo, que el nativismo no era tan dominante, que el autoritarismo es muy importante, cosas así. No estoy diciendo que la literatura no sea eurocéntrica, sino que lo eurocéntrico debería definirse de manera mucho más restringida. Son sólo un par de países de Europa occidental. Y eso no significa que el Sur sea homogéneamente diferente.

MIDL: *Éste es un punto muy interesante. Cuando hace algunos años trabajaba sobre reformas administrativas, tuve la misma sensación al leer sobre Europa central y oriental: se parecían más a países latinoamericanos que a países de Europa occidental. Enfrentaron los mismos problemas para impulsar los sistemas de servicio civil, las iniciativas anticorrupción y otras reformas.*

CM: Las comparaciones entre Europa central y oriental y América Latina son muy raras, incluso en el tema del populismo; pero también son muy interesantes.

Kurt Weyland escribió un artículo que recibió poca atención y Bela Greskovits escribió un libro muy interesante sobre la comparación de la protesta contra la transformación en la Europa post-comunista con la de la América Latina post-autoritaria, en el que también argumentó que el populismo sólo emerge después de que la crisis ha sido superada. Pero la mayoría de las comparaciones son de Europa occidental con ciertos países latinoamericanos, porque, seamos claros, no es toda América Latina.

MIDL: *Permítame preguntarle algo ligeramente diferente dentro del campo del populismo antes de adentrarnos al tema de partidos de extrema derecha. Puede que me equivoque, pero al leer su libro con Cristóbal Rovira, usted parece percibir el populismo como un elemento correctivo para las democracias o, por lo menos, para algunos de los problemas de las democracias, pero no necesariamente como algo que es intrínsecamente peligroso para éstas. Me pregunto si, después de ver cómo se comportan los gobiernos populistas, sigue pensando lo mismo o quizás ahora lo ve menos como un correctivo y, quizás, más como un peligro real para la democracia.*

CM: Realmente nunca sentí que ése fuera el argumento clave que planteé, pero puedo entender por qué suena así. Creo que hay que contextualizar que, como todos, escribí la mayor parte de mi obra en un contexto en el que el populismo era visto como extremadamente negativo. Sólo en Estados Unidos (hasta la llegada de Trump) tenía una connotación algo positiva. Pero en Europa occidental, donde me socialicé, el populismo era muy negativo y todo era malo acerca del mismo. Para mí, no era demasiado importante resaltar las cosas malas, porque ya eran bien conocidas. Creo que esa es quizás una razón. Además, teóricamente, el punto que señalé, y que está implícito en mi definición, es que el populismo es democrático porque quiere que la política sea una expresión de lo que ellos creen que es la voluntad general del pueblo.

Lo que más tarde entendería mejor, sobre todo leyendo a personas como Chantal Mouffe y otros, es que existe una tensión inherente a la democracia liberal entre liberalismo y democracia, entre los derechos de las minorías y el gobierno de la

mayoría, para decirlo simplemente. Veo al populismo en ciertos contextos, particularmente en Europa occidental de principios del siglo xxi, como un contrapeso democrático a un liberalismo extremo. He llamado al populismo una respuesta democrática antiliberal al liberalismo antidemocrático. Ahí está el correctivo útil. El populismo señala que tenemos bastantes políticas que no tienen un mandato democrático, en el sentido limitado de un apoyo mayoritario. No se trata sólo de políticas económicas, sino también, en ciertos casos, de políticas que buscan cambiar la cultura, que van desde la abolición de la pena de muerte hasta los derechos de las personas transgénero, por ejemplo. No estoy tomando una posición ni diciendo que estoy en contra de esos derechos. Sólo digo que en muchos países estos derechos no cuentan con el apoyo de una gran mayoría, en parte porque los políticos nunca los llevaron a la arena pública. Nunca intentaron crear apoyo popular. Creo que la razón por la que también me concentro más en la idea de un correctivo útil (y eso es algo quizás muy difícil de entender) es que, hasta 2010, en Europa occidental, tuvimos nuestro primer gobierno populista de extrema derecha bajo el control de una mayoría de populista. Además, estuvo en el poder durante más de un mandato y, por lo tanto, pudo implementar políticas. El punto es que en Europa, y en gran medida en gran parte del resto del mundo, los populistas siempre fueron una fuerza política menor y, como tal, este útil correctivo estaba claro. Los elementos fundamentalmente antiliberales y quizás antidemocráticos no estaban claros. Incluso cuando estaban en el gobierno de coalición y eran el socio menor no hicieron mucho para socavar la democracia liberal.

Obviamente, ahora vemos lo que sucede una vez que los populistas tienen el poder total; Orbán es un muy buen ejemplo. Chávez y Modi —en India— también son muy problemáticos. Cuando están en el poder por sí solos o dominan gobiernos durante mandatos consecutivos, en realidad, pueden dar forma al país. Esto claramente crea un problema: el populismo en el poder crea regímenes autoritarios, que son profundamente antiliberales y, en general, antidemocráticos. Venezuela es claramente antidemocrática. Yo diría que Hungría está en la frontera y que la India llegará pronto. Entonces, surge la pregunta: ¿realmente quisieron decir lo que dijeron? ¿Realmente apoyaron el gobierno de la mayoría o fue simplemente una forma de obtener el poder y luego mantenerlo? Para mí, sin embargo, esto es importante porque un gobernante populista tiene que mantener la apariencia de democracia. Para un gobernante populista (porque hasta el momento siempre ha sido un “él”), el fundamento de su gobierno es que él es la voz del pueblo. Si ignoran muy abiertamente al pueblo, al menos al pueblo tal como ellos lo definen, tienen un problema de legitimidad que no lo tiene una junta militar, que no lo tiene un régimen autoritario elitista. Y eso distingue a los regímenes autoritarios populistas de otros regímenes autoritarios.

MIDL: *Permítame discutir ese último punto para pasar a su otro gran tema de investigación: los partidos de extrema derecha. En algunos de sus trabajos, usted menciona que los movimientos populistas y los partidos de extrema derecha tienen algunas coincidencias. ¿Podría contarnos un poco sobre esto? ¿Cuáles son los*

principales puntos de contacto entre los partidos de extrema derecha y el populismo? ¿Cuáles son los contrastes? ¿Cómo se diferencia entre los dos?

CM: Hay una diferencia entre la teoría y la práctica. En teoría, para mí, el concepto de extrema derecha constituye dos subgrupos: la extrema derecha y la derecha radical. Utilizo la idea de derecha en términos de Norberto Bobbio, donde las desigualdades en la sociedad se consideran naturales y están fuera del ámbito del Estado. Ahora bien, la extrema derecha es esencialmente antidemocrática y por eso no cree en la soberanía popular ni en el gobierno de la mayoría, no cree que la población deba elegir a sus propios líderes. La extrema derecha es el fascismo sobre todo. Si bien el fascismo tenía elementos populares, creía que había ciertas personas en la nación o en la raza que eran superiores a otras. Tanto Mussolini como Hitler se refieren a la democracia como mediocracia: el sistema en el que la persona mediocre decide. ¿Y por qué deberías tener eso cuando existe esta figura divina? La extrema derecha es fundamentalmente antidemocrática. La derecha radical acepta la soberanía popular y el gobierno de la mayoría, pero tiene problemas con la democracia liberal, específicamente los derechos de las minorías, la separación de poderes y la independencia de las principales instituciones, como el poder judicial y los medios de comunicación. Teóricamente, el populismo sólo es compatible con la derecha radical porque la extrema derecha se basa en el elitismo, y éste es lo opuesto al populismo. Ahora bien, ya sabemos que los nazis utilizaron cierta retórica populista y sabemos que un partido neonazi, como *Amanecer Dorado* en Grecia, utilizó un discurso populista. En la práctica vemos superposición. Yo diría, hoy, por ejemplo, que el Partido Republicano en Estados Unidos es, en muchos sentidos, un partido de extrema derecha: niega los resultados de las elecciones totalmente libres y justas de 2020; socava activamente el derecho a votar de ciertos grupos. Al mismo tiempo, Trump utiliza firmemente el discurso populista, al igual que algunos otros miembros del partido. Entonces, en la práctica, ambos pueden existir.

Al principio no trabajé con el término populismo, el cual se hizo muy conocido en el campo de los estudios de extrema derecha en los años noventa. La razón principal fue que simplemente no podía entender los primeros trabajos de Laclau. Pensé que las definiciones de otros, como Hans-Georg Betz, trataban más sobre el sentimiento antisistema. Una vez que llegué a mi propia definición (que, para ser claros, se basa en gran medida en el trabajo de otros, en particular de Margaret Canovan), hablé de la derecha radical populista. Esa terminología es importante porque no lo llamé populismo de derecha radical, como lo hicieron muchos otros. Porque, en ese sentido, el populismo es la ideología principal y lo que usted dice es que la derecha radical es una forma de populismo. Lo que sostengo es *una forma populista* de la derecha radical, lo que significa que también hay una forma no populista de derecha radical, y también significa que la característica clave de la derecha radical no es el populismo, sino el nativismo. Como sostengo en *The Far Right Today* (Polity, 2019), en la llamada cuarta ola, o lo que ahora me gusta llamar “cuarta fase”, la extrema derecha se ha vuelto común y corriente, junto con sus ideas y sus actores. Creo que esto tiene una consecuencia directa para el populismo, porque

éste se basa en la idea de que la élite es homogénea y corrupta. Por supuesto, esto es, en gran medida, consecuencia de haber sido excluidos por esa élite.

Debido a esta normalización, muy pocos partidos de extrema derecha, actualmente partidos de derecha radical, siguen excluidos de todas las discusiones políticas principales. Ciertos partidos son aceptados por esas discusiones, otros son aceptados por la derecha. ¿Qué vemos ahora? Que el populismo se vuelve menos importante en varios partidos. En estos tiempos, es menos importante para los *demócratas* suecos y para los *hermanos* de Italia, los cuales son ampliamente aceptados por la derecha de su país. Yo diría, desde lejos, que en realidad fue menos importante para la elección de Bolsonaro en 2018 que para su fallida campaña de reelección, porque perdió el apoyo de gran parte de las élites tradicionales de derecha durante su gobierno —los llamados neoliberales y los conservadores tradicionales—. Creo que, si bien el populismo siempre fue secundario frente a la derecha radical, hoy se ha vuelto incluso menos importante. Para ser honesto, no estoy demasiado convencido de que algunos de los actores populistas clave, según la literatura, particularmente en América Latina, sean populistas. Por supuesto, puedo ver algo de retórica populista en los ejemplos de Kast y Bolsonaro, pero si lo comparo con Vlaams Belang o Front Nationale en la década de los noventa, se necesitan 15 minutos de lectura de la literatura para encontrar diez ejemplos. Ahora leo artículos sobre Kast o sobre Bolsonaro que presentan uno o dos ejemplos suaves. Eso me hace creer que no hay mucho más que eso. Encuentro lo mismo en varios supuestos populismos de izquierda, particularmente en el Norte Global. El populismo en Die Linke, en Alemania, e incluso en Syriza, no es tan sencillo como lo fue en la década de 1990 en la derecha radical de Europa occidental.

MIDL: *Me da curiosidad que no menciona a Andrés Manuel López Obrador (AMLO) en sus ejemplos. Con la lectura de su libro *The Far Right Today*, y al escuchar las cosas que menciona sobre los partidos de derecha radical, me parece que algunos de esos atributos están en el comportamiento de AMLO. Como la discusión sobre cómo acepta la mayoría popular, pero no le gustan los controles y los contrapesos, las discusiones públicas y otras características de la democracia liberal. Al mismo tiempo, se le considera un político de izquierda, porque también asume algunas de las opiniones que usted mencionó sobre la distinción entre derecha e izquierda de Bobbio. Pero, al final del día, ¿lo podría ver como alguien de derecha?*

CM: No tengo el conocimiento específico para decir que AMLO es de derecha o de izquierda, pero sé dos cosas. En primer lugar, no hay duda de que es un populista. De hecho, en el volumen editado que hice con Cristóbal Rovira, *Populism in Europe and the Americas* (Cambridge University Press, 2012), había un capítulo sobre AMLO, el cual preveía mucho de lo que vendría después. La razón por la que tengo problemas para considerarlo de derecha radical tiene que ver con la centralidad del concepto de nativismo en mi trabajo. No digo que deba ser así, pero en mi trabajo —que es relativamente representativo de la tradición eurocéntrica de estudios de extrema derecha, así como de la tradición estadounidense—, el nativismo/racismo es una característica definitoria. Ahí es donde viene la distinción clave. En este

momento, mi problema al incluir a cualquier político latinoamericano es que no son nativistas o el nativismo no es central en su campaña y programa. Creo que Kast y Bolsonaro son nativistas, hay indicios más que suficientes sobre eso, pero creo que queda implícito porque el tema no es destacado. Hay muy poco que ganar siendo abiertamente nativista. Especialmente, en Brasil, un país tan diverso, existe una posible penalización política si uno suena demasiado racista. Para mí, una vez más, volteo la mirada a Europa del Este y occidental a principios de la década de 2000 y, si bien nadie hablaba de inmigración en ese momento en la derecha radical, casi todos hablaban negativamente de las minorías en sus países, principalmente Roma. No fue el tema central ni el más politizado en ese momento, pero fue un claro indicador de cómo se sentían. Entonces, tan pronto como llegaron los inmigrantes, no me sorprendió que todos estos partidos adoptaran un discurso nativista. En cuanto a los solicitantes de asilo y los inmigrantes, ya sean venezolanos o haitianos, que llegan a Brasil o a Chile, Bolsonaro y Kast se movilizan al respecto con un discurso claramente nativista. Dicho esto, si se analiza su discurso, es ante todo autoritario. En segundo lugar, probablemente, [AMLO] es populista antisistema/neoliberal.

Desde mi perspectiva, AMLO se parece más a Duterte, quien también tenía muchos elementos muy conservadores; en parte, [era] un tipo católico de opiniones reaccionarias sobre las mujeres y personas LGBTQ, pero no nativistas; lo que, en su caso, podría haber sido fácilmente posible porque podría haber sido fuertemente islamófobo. Él nunca usó eso. No es que no exista un discurso nativista antiindígena que se pueda utilizar en la política mexicana, pero AMLO no lo hace.

MIDL: Quizás ése sea un elemento clave y sería un tema muy interesante para una discusión más amplia. Ahora bien, no estoy seguro de hasta dónde podemos llegar con el debate sobre el nativismo en países como México, porque no tenemos una población como Roma, no tenemos los mismos grupos que vienen al país desde fuera. Somos un país mestizo donde claramente hay discriminación contra los indígenas, pero más en el sentido cultural y económico, no necesariamente en términos de decir “no son parte de nuestro pueblo, no son mexicanos”. Por eso me pregunto si usted le da demasiado peso a ese aspecto en su definición, dejando de lado otros que podrían ser más relevantes para el caso de alguien como AMLO.

CM: Esto puede llevar las cosas demasiado lejos. Creo que es un punto importante, particularmente para los lectores que puedan estar interesados en aprender cómo aplicar estos conceptos a su contexto nacional o regional. Mi punto es, ¿qué pasa si eliminamos el nativismo? Entonces, sólo nos queda el autoritarismo de derecha. Pero si quieres entender a Bolsonaro o, siguiendo con el argumento, a AMLO, ¿por qué mirar a Le Pen? ¿Por qué no mirar los siglos de autoritarismo de derechas que hubo en su país? Desde esa perspectiva, ¿qué tan nuevo es entonces Bolsonaro?, ¿es como Trump o simplemente es Vargas 2.0 —algo así como Vargas en un entorno democrático—? No tomo una posición al respecto, simplemente creo que es interesante cómo, en este momento, estamos tratando de obligar a los políticos y partidos a adoptar un concepto eurocéntrico, donde los “conceptos indígenas” quedan excluidos. Creo que deberíamos hacer ambas cosas para ser claros, porque

es absolutamente valioso mirar a Bolsonaro, AMLO o Kast a través del prisma de la extrema derecha o del populismo más amplio, porque tenemos una enorme cantidad de literatura al respecto. Pero no deberíamos aplicar esto ciegamente. Por ejemplo, la mayor parte de la literatura inicial sobre la derecha radical en Europa occidental habla casi exclusivamente de nativismo. Si se considera que eso es cierto y se argumenta que el nativismo no es el núcleo de la extrema derecha en América Latina, entonces se deben ignorar la mayoría de estos hallazgos.

MIDL: *Permítame vincular esto con mi siguiente pregunta. Quiero preguntarle sobre lo que percibo como una paradoja. Usted habla de cómo los partidos de extrema derecha se están volviendo populares. Sin embargo, esto está sucediendo al mismo tiempo que vemos muchos cambios —políticos, discursivos y constitucionales— que, en los temas que han sido asociados a la izquierda, han ganado protagonismo. Tenemos debates sobre el cambio climático, el derecho al aborto, el feminismo, los derechos de las minorías, la comunidad LGBTQ, etcétera. Como menciona en sus trabajos, todos éstos ya se han introducido en las constituciones nacionales. Sin embargo, estamos viendo cómo estos nuevos movimientos de extrema derecha ganan fuerza y prominencia. ¿Hay alguna paradoja en todo esto? ¿Cómo explicaría que esto suceda en nuestros tiempos?*

CM: Creo que esto está lejos de ser una paradoja. En realidad, creo que está muy relacionado. La extrema derecha es esencialmente un movimiento reaccionario y responde a los avances, ya sean discursivos o políticos, de grupos tradicionalmente marginados, como las mujeres, las etnias no mayoritarias y la comunidad LGBTQ. Por ejemplo, en gran parte de Europa occidental, la llamada “corrección política”, progresismo (*wokeness*) o lo que sea se trata de una cuestión discursiva. Muy a menudo no se trata tanto de políticas, sino de discursos. Creo que América Latina es más interesante porque no estoy seguro de cuánto ha cambiado discursivamente, pero en términos de políticas sí ha cambiado en varios países. Ha habido avances significativos para la igualdad de género y para los derechos LGBTQ, principalmente los derechos de homosexuales; por supuesto, la comunidad transgénero todavía está discriminada a nivel mundial.

Creo que lo que estamos viendo en este momento es, en gran medida, una reacción. Pero vemos una reacción muy diversa porque, hasta cierto punto, son los fundamentos implícitos de la sociedad los que están siendo cuestionados. Debido a que son implícitos, también han sido aceptados por la mayor parte de las corrientes políticas, desde el centro-izquierda hasta el centro-derecha. Por ejemplo, el Estado de bienestar se construyó, implícitamente, sobre el patriarcado, la heteronormatividad y, hasta cierto punto, la supremacía blanca, porque se trajeron trabajadores invitados para hacer avanzar a las clases trabajadoras nativas. Ahora tenemos esta amplia coalición que defiende un orden, en muchos sentidos, de extrema derecha: nativista, sexista y homofóbico. Pero lo hacen desde una amplia variedad de posiciones, principalmente, desde la perspectiva de la nación. Ven la equidad de género, los derechos LGBTQ, la inmigración y el aborto como cosas que debilitan a la nación; porque si debilita a la familia, debilita a la nación. Para muchos miembros

de la derecha religiosa, esto va en contra de lo que creen que Dios quiere y de lo que creen que está establecido en la Biblia. Para los conservadores tradicionales, esto va en contra del orden natural, que se basa en la familia heteronormativa. Pero, además, tenemos un malestar no ideológico que afecta profundamente al centro-izquierda, particularmente a los hombres blancos mayores como yo que no defienden todos estos puntos de vista, pero que también creen que hemos superado en gran medida la discriminación. Porque eso es lo que hicimos cuando éramos socialdemócratas. Ahora sienten que “los niños han ido demasiado lejos”. Ésa es la página de opinión del *New York Times* día tras día. Es un grupo muy diferente, pero esgrimen el mismo argumento: que estos movimientos de “dejar ser” (*let*) o “seguir avanzando” (*woke*) quieren más derechos para ciertos grupos, pero que, supuestamente, las mujeres, las minorías LGBTQ ya tienen todos estos derechos, por lo que no tenemos que ir más lejos.

Para mí, los debates que tenemos hoy son fundamentalmente más radicales que los que tuvimos en las décadas de 1960 y 1970. En aquellos tiempos, las comunidades mayoritariamente de lesbianas y gays, así como de mujeres, querían sentarse a la mesa, ser escuchadas, ser toleradas. Pero la tolerancia es un concepto vertical, es un concepto jerárquico. Los poderosos *toleran* a los que no tienen poder. Lo que quiere la generación actual es ser parte de la mesa. No quieren ser tolerados: quieren definir quiénes somos. Y eso es fundamentalmente desconcertante. Significa que las personas son desafiadas de una manera en la que no habían sido desafiadas, incluidas las personas que sintieron que nunca habían discriminado a otros. La extrema derecha tiene el mejor discurso porque, en realidad, se sienten cómodos diciendo “sí, defendemos esta vieja escuela”. Esto es muy interesante.

En Europa occidental, por ejemplo, varios partidos dicen “defendemos el legado de los sindicatos y de los partidos socialdemócratas. Defendemos el antiguo Estado de bienestar, que fue construido para nosotros, para las familias blancas y libres”. Entonces, creo que todo eso se junta y en cada país es un tema diferente lo más importante: a veces es el aborto, a veces son las cuestiones LGBTQ, a veces es el progresismo, a veces tiene otro término. Lo que todo esto significa es que el orden establecido es fundamentalmente cuestionado. La extrema derecha es la defensora más explícita de ese viejo orden. Muchos miembros de la derecha dominante negarán los elementos discriminatorios de ese viejo orden. Dirán: “claro, somos pro-familia, pero eso no tiene nada de malo”. La extrema derecha abraza los elementos discriminatorios de esto. Dirán: “claro, ese viejo orden era para los blancos, pero así debería ser. Los inmigrantes no deberían ser incluidos en el Estado de bienestar”.

MIDL: *Permítame concluir esta discusión sobre derecha e izquierda con una pregunta que surge desde la perspectiva de la administración y las políticas públicas. Algunos de los estudios recientes sobre el populismo están siendo producidos por académicos de estos campos, donde intentamos ver cuáles son los efectos de las políticas populistas o de extrema derecha en el aparato burocrático o el funcionamiento de las políticas públicas. A veces tenemos problemas para encontrar diferencias en las maneras como los populistas de derecha y los de izquierda toman*

decisiones y cambian el Estado, y cómo eso afecta su funcionamiento y los servicios que la gente recibe. Por lo tanto, para efectos prácticos, a veces nos resulta difícil distinguir entre izquierda y derecha. ¿Cree que es importante mantener la vieja y tradicional perspectiva de Bobbio sobre izquierda y derecha al estudiar el populismo o los partidos políticos de manera más amplia?

CM: Hay gente que dice, “¿para qué tienen estas dos etiquetas [izquierda y derecha]? Las sociedades son más complejas, no necesitamos esas etiquetas, vivimos en un mundo diferente”. Pero creo que necesitamos tantas etiquetas como sea posible porque necesitamos tantas perspectivas diferentes como sea posible. Lógicamente, los populistas tanto de izquierda como de derecha comparten algo: el populismo. Mirar a los populistas de izquierda y de derecha tiene sentido y nos enseña algo. Nos ayuda a aislar cuál es específicamente el elemento populista. Al mismo tiempo, también tiene sentido comparar a los no populistas de derecha con los populistas de derecha, eso también nos muestra algo. No me sorprende que encuentres cosas similares porque, como dije, creo que el populismo se utiliza particularmente para justificar ciertas políticas, en particular, antiliberales.

Una de las cosas que vemos en el populismo de izquierda y de derecha es la transferencia de poder al ejecutivo. Generalmente, vemos el debilitamiento de la independencia en cualquier tipo de elemento, desde la burocracia hasta los medios de comunicación y el poder judicial. Lo que encuentro cada vez más interesante es: ¿qué tiene de populista todo eso? ¿En qué se distinguen los autoritarios populistas de los autoritarios no populistas? Si miro, por ejemplo, lo que intentó hacer el chavismo o lo que intentó hacer Orbán, también pienso en los movimientos totalitarios, porque han creado un Estado dentro del Estado (Orbán, en particular; y, en cierta medida, Modi). Esto también lo hizo Chávez: simplemente construyó instituciones paralelas, las hizo más poderosas. También lo hicieron los comunistas y los fascistas. En cierto momento, las instituciones originales son abolidas o simplemente superadas.

Creo que es importante darse cuenta de que el populismo en el poder o la llegada de la extrema derecha al poder en un contexto democrático liberal es muy nuevo y todavía muy raro, por lo que es difícil generalizar. Muchos populistas están en el poder durante un mandato y pueden hacer muy poco. No sabemos realmente qué significa el trumpismo o el bolsonarismo en el poder. Vemos todo tipo de iniciativas, pero generalmente se necesitan al menos dos mandatos consecutivos para implementar políticas y realizar cambios fundamentales. Tenemos un número limitado de casos, todos los cuales tienen sus peculiaridades, aunque ahora hay pruebas más que suficientes de que persiguen a prácticamente cualquier fuerza independiente en el aparato estatal más amplio y, en ciertos casos, también dentro del mercado. Lo que me gusta del trabajo de administración pública, tanto el suyo como el de Donald Moynihan, por ejemplo, es que se centra en lo que realmente ha sido ignorado por gran parte de la literatura de ciencia política, porque estamos muy centrados en los partidos y los gobiernos. Entonces, tan pronto como se implementa una política, asumimos que se aplica a todo. Creo que esta captura del Estado, que se ve con más fuerza en Venezuela, Hungría y la India, y que veremos

en Estados Unidos si Trump regresa, es algo absolutamente fundamental. Una vez más, me pregunto: ¿esto está impulsado por el populismo? ¿Está impulsado por el autoritarismo? ¿Es ideológico? Quiero decir, hasta cierto punto, ni la Hungría de Orbán ni la Venezuela de Chávez/Maduro son Estados totalitarios en el sentido de que su ideología es simplemente parte integral de cada aspecto del Estado, aunque en Hungría va bastante lejos. No sé lo suficiente sobre cómo eran antes las juntas y los regímenes autoritarios de derecha en América Latina. Por supuesto, el Estado también se ha hecho mucho más grande desde entonces. Supongo que no tenían que capturar el Estado de la misma manera porque el aparato estatal era conservador. Algunas de las cosas que están sucediendo hoy se deben no tanto a que tengamos una agenda diferente, sino a que operamos en un contexto institucional y político diferente. En las palabras de Trump, está recuperando a Estados Unidos, Bolsonaro recupera a Brasil. Vargas, hasta cierto punto, no tuvo que recuperar Brasil porque, en gran medida, estaba en manos de una élite conservadora.

MIDL: *Permítame formularle ahora una pregunta bastante diferente, práctica, incluso normativa. Frente a las políticas populistas y de extrema derecha, ¿qué debemos hacer los ciudadanos y los académicos?*

CM: En primer lugar, en una democracia liberal lo correcto, lo bueno, es ser democrático liberal y defender la democracia liberal. Para mí, personal y normativamente, la democracia liberal es también mi marco. Creo que es la mejor forma de régimen político que tenemos. Especialmente para los académicos, ser neutral —la neutralidad en sí misma— es un valor sin sentido: no tiene sentido ser neutral en una lucha entre dos bandos, uno de los cuales permite hacer el tipo de trabajo que hacemos nosotros. La academia vive o muere según su independencia respecto del Estado. Eso está garantizado en la democracia liberal, aunque se implemente de manera imperfecta. El populismo y la extrema derecha están fundamentalmente en contra de eso. Es una locura ser neutral ante esta distinción. No significa que debas ser un activista, pero sí que debes señalar esa distinción. Lo que sí significa es que hay que dejar claro que, en términos de democracia liberal, la derecha radical populista es un animal fundamentalmente diferente de la derecha demócrata cristiana. Al mismo tiempo, siempre debemos respetar al oponente, lo que significa que hay que tomárselo en serio. Creo que, a menudo, no podemos ver las cosas buenas en el otro. Por ejemplo, Geert Wilders, en los Países Bajos, es un buen político en términos de lo que hacen los políticos: es eficaz a la hora de transmitir el mensaje, a la hora de influir en el debate, para ganar votos y a la hora de hacer aprobar la legislación. Eso no significa que sus políticas sean buenas. Pero hablar siempre de populistas y de populismo como este tipo de política nihilista por parte de gente estúpida y ruidosa, como Trump, no ayuda. Sólo se puede entender lo que Orbán está logrando si se comprende qué tan bien ha pensado y reflexionado sobre su regreso al poder.

Tampoco deberíamos copiar el discurso populista, en particular, su homogeneidad y moralismo. Yanis Stavrakakis ha escrito sobre los problemas del antipopulismo y, después del Brexit y de Trump, vemos un fuerte antipopulismo; es decir, esta

idea de que la gente es estúpida y que la gente como nosotros, seamos quienes seamos, la élite, los mejor educados, somos impolutos. Eso no ayuda, sólo polariza. Al final, la polarización, más que la radicalización, siempre significa que proviene de dos lados. Por el momento, la mayoría de los países ven una radicalización de la derecha en lugar de una verdadera polarización. Lo que sí se ve es que los partidarios de los populistas, de izquierda y de derecha, consideran malos a todos los demás. También se ve que todos los demás consideran malos a los populistas y a la extrema derecha. Los socialdemócratas ven a los democristianos o incluso a los conservadores como diferentes, aunque normativamente más o menos iguales. Pero ven a la extrema derecha o a los populistas como malas personas. Creo que debemos ser cautelosos con la moralidad de esto, sin necesariamente ir demasiado lejos al justificar sus políticas. Lo que a veces también vemos es que los votantes de los populistas, sus partidarios, siempre son considerados inocentes. El populista mismo es ese genio malvado que “seduce” al votante ingenuo y populista. Esto simplemente no es verdad. Cuando nos fijamos en la base de apoyo de personas como Trump o Bolsonaro, y sin duda AMLO, en realidad vemos que comparten la mayoría de sus valores. Puede que no sean tan ideológicos y a veces no tan radicales, pero saben muy bien por qué y por quién votan, y saben muy bien lo que están haciendo. Simplemente no les importa que se marginen los derechos de otras personas, siempre y cuando obtengan lo que quieren. Siempre debemos intentar comprender lo mejor posible lo que está sucediendo. Para hacerlo, no es necesario ser neutral; uno puede ser muy franco y político, pero debe tomarse el tema en serio.

MIDL: *Fue usted muy astuto al distinguir que estos dos temas —la política de extrema derecha y los partidos y los movimientos populistas— iban a convertirse en algo común y corriente, tanto en términos políticos como desde un punto de vista académico. ¿Cree usted que seguirán siendo relevantes a corto plazo? Asimismo, ¿qué desarrollos políticos, es decir, qué temas considera que pueden resultar relevantes para estudiar en un futuro próximo?*

CM: Permítame ser muy claro: no predije la relevancia de la extrema derecha o el populismo, ni pensé que llegarían a ser tan relevantes académica o políticamente. Nunca pensé que habría un presidente de extrema derecha en Estados Unidos ni que habría un gobierno de extrema derecha en los Países Bajos. La razón por la que me centré en la extrema derecha en mi maestría y luego en mi doctorado fue bastante oportunista. Yo sabía un poco sobre la extrema derecha y todos los demás no sabían nada. Pero mi interés estaba en la ideología partidaria y los partidos políticos. También podría haber hecho el mismo doctorado sobre partidos liberales o partidos demócrata cristianos. Irónicamente, quizás habría tenido una mejor carrera en el corto plazo porque, hasta finales de los años noventa, el trabajo académico de la extrema derecha estaba marginado, incluso en Europa. Era muy popular fuera del mundo académico, por lo que me costó mucho conseguir un trabajo en la academia, pero podía dar entrevistas a periódicos o ir al extranjero a dar conferencias. Todo cambió gracias a Trump, y no por nada de lo que yo hice.

Creo que los sentimientos de extrema derecha y antisistema, sean populistas o no, seguirán siendo mucho más fuertes que en la segunda mitad del siglo xx, porque hay cambios estructurales. Muchos países se han vuelto multiculturales. El pluralismo, como comentamos anteriormente, ha llevado al viejo orden a un desafío fundamental. Eso molesta a la gente y la hace sentir incómoda. La extrema derecha es una voz importante para ellos. Sin embargo, creo que se le presta una atención académica y pública desproporcionada. Disponemos de varios estudios que muestran que hay más publicaciones sobre los partidos de extrema derecha que sobre todos los demás partidos juntos. La literatura sobre populismo es realmente extraña y las cifras son una locura en estos días. Y no sólo en la ciencia política, sino en todo tipo de disciplinas. Mientras que en la mayor parte del mundo el populismo sigue siendo un actor relativamente menor, incluso en gran parte de Europa, no está en el poder; sólo hay un par de gobiernos “populistas”. Aún queda mucho por investigar sobre el tema, pero creo que el resultado es un poco desproporcionado.

Creo que es difícil ver la evolución política futura. Preferiría responder esto desde la perspectiva de qué investigaciones me gustaría ver más. En primer lugar, las cuestiones socioeconómicas. Creo que, debido al énfasis en las cuestiones socioculturales en la política, vemos muy poca investigación sobre la transformación y la destrucción del Estado de bienestar y cómo eso se traduce en acontecimientos políticos. Me gustaría ver, también, más investigaciones sobre el papel de la ideología, pero no de manera estricta, puramente de la socialdemocracia o cosas así. Por ejemplo, el “sueño americano”, esa idea de que tendrás éxito si trabajas lo suficiente. Creo que es probablemente la ideología más poderosa de la historia; socava todo tipo de políticas que son increíblemente populares. La mayoría de las políticas que podrían erradicar la pobreza son en realidad bastante populares, pero, debido al “sueño americano”, muchos estadounidenses también creen que la pobreza es una elección individual, porque si trabajas lo suficiente no tienes por qué ser pobre. El neoliberalismo se ha estudiado mucho como sistema económico, pero, sobre todo, como posición ideológica donde el mercado es superior al Estado, los ciudadanos son consumidores, el cliente es el rey; creo que es algo que ha afectado fundamentalmente las expectativas de la gente. Quizás una de las cosas más fascinantes es que tenemos muy pocos estudios sobre los sesgos normativos de las ciencias sociales y sus consecuencias. Aquí, en Estados Unidos, tenemos muchos estudios recientes sobre los sesgos normativos en la medicina y cuántas investigaciones médicas se realizan en hombres blancos. Como consecuencia de ello, las mujeres blancas y las personas de color están siendo mal diagnosticadas o simplemente mal atendidas. Muchos de nuestros debates también se basan en hombres blancos y heterosexuales. Incluso si piensas en el debate sobre la erosión democrática. En muchos países, el poder legal y político o la protección de las mujeres y de las personas LGBTQ es mejor que nunca; incluso de minorías étnicas y religiosas. Con toda la islamofobia en lugares como los Países Bajos, por ejemplo, las minorías étnicas están mejor integradas y tienen más representación que nunca.

Esto, quizás, sea más pronunciado en la discusión sobre la “libertad de expresión” y la “cultura de la cancelación”. Existe un frenético debate tanto en los círculos

de derecha como en los de centro (pensemos, nuevamente, en la página de opinión del *New York Times*) respecto a que “nosotros” ya no podemos decir ni hacer nada. Pero ¿quiénes son esos “nosotros”? ¿Quiénes son esos “nosotros” que tienen que “autocensurarse” por primera vez en su vida? Ciertamente, no son los grupos marginados, como las minorías y las mujeres, que se han autocensurado desde tiempos inmemoriales. No, son los hombres blancos (de influencia) quienes ahora, por primera vez en su vida, se enfrentan a una reacción, que tienen que defender sus aseveraciones en lugar de salirse con la suya basándose en su pedigrí y, lo que es más importante, en la autocensura de los demás.

Por lo tanto, me gustaría ver más investigaciones que se centren menos en los hombres blancos, que sean más holísticas y abarquen la complejidad de la sociedad. Creo que una de las cosas que vemos en este momento es la hiperespecialización, donde la gente hace algo (que a menudo es cuantitativo) y simplemente lo ajustan con lo que sea que resulte lo más nuevo: populismo, Covid-19, lo que sea. Pero eso deconstruye completamente la sociedad y hace suposiciones que a menudo no son ciertas; de hecho, lo sabemos por estudios empíricos (pensemos en los supuestos que subyacen a la teoría de la elección racional). Me gustaría ver estudios mucho más holísticos que analicen la sociedad de manera compleja, lo que también significa más estudios de casos.

MIDL: *Permítame vincular esto con mi siguiente pregunta: ¿cómo investigar y cómo combinar diferentes metodologías y enfoques? La mayor parte de su trabajo es de naturaleza conceptual y comparativa; es un trabajo cualitativo. Pero ¿qué opina sobre la manera como los académicos actuales analizan el populismo, los partidos de extrema derecha y la ciencia política en general, de forma cuantitativa, midiendo e intentando producir artículos hiperespecializados? ¿Podemos seguir utilizando el viejo enfoque de la ciencia política y fuentes clásicas, como Peter Mair o Margaret Canovan, a quienes usted cita en sus obras? ¿Siguen siendo relevantes? ¿Cómo deberíamos combinar ambos enfoques al realizar una investigación?*

CM: Creo que, en parte, esta pregunta es casi irrelevante porque operamos en una estructura que dicta lo que se puede y no se puede hacer. En mi universidad no puedo formar personas para que sean como yo. Porque si fueran como yo, si fueran académicos sobre política europea con enfoque cualitativo, procedentes de la Universidad de Georgia, nunca conseguirían un trabajo de investigación en una universidad. Porque el estudio de la política europea se ha vuelto completamente cuantitativa. La única forma de conseguir la definitividad es publicando muchos artículos, lo que sólo se puede conseguir si uno trabaja en grupo o si tienes un libro que se vuelva un éxito, lo cual supone un gran riesgo. Trabajamos en una estructura donde predomina un tipo de trabajo. Éste es un trabajo estrecho, muy estrecho, cuantitativo, que no deja cabos sueltos, porque si uno tiene algún tipo de cabo suelto, algún revisor te cierra la puerta. Para ser honesto, esto lleva a artículos muy aburridos, muy competentes pero que dicen muy poco. Esto no se debe a que los autores no necesariamente puedan decir mucho más. Pero no se les permite decir mucho más en estas revistas “principales” (top). Al mismo tiempo, la presión de la

publicación es tan grande que también creo que cada vez menos gente puede decir más, porque simplemente ya no tienes tiempo para leer. Cuando comencé, un académico escribía dos o tres libros en toda su carrera, en el mejor de los casos, y un par de artículos informativos. Ahora, en mi departamento, es necesario publicar al menos dos artículos al año para obtener la definitividad. Entonces, ¿de dónde sacas el tiempo para leer? ¿De dónde sacas el tiempo para reflexionar?

Creo que, cuando un tema se incorpora en el mundo académico, se obtienen ganancias y pérdidas. Es decir, el populismo se convirtió en un tema predominante. La ventaja es que hay mucha más gente estudiándolo; por lo tanto, obtienen más recursos y más exposición. Las pérdidas se reducen a la agenda; se está acotando lo que supuestamente es importante y lo que no lo es, qué enfoques son científicos y cuáles no, y también se acota la *expertise*.

Si hablas de autores clásicos, porque la academia es conservadora y muy elitista (y no me corresponde a mí quejarme, porque ahora soy uno de esos autores clásicos), difícilmente puedes publicar algo sobre populismo sin mencionarme, aunque no dialogues con mi trabajo, lo cual es una tontería. Pero también significa que hay estudiosos muy fundamentales del populismo que tienen puntos de vista muy interesantes al respecto, pero que están fuera de la corriente principal y son cada vez más ignorados. Aunque mi pensamiento está muy influido por quienes han llevado la discusión hacia adelante. A menudo, pongo el ejemplo de Benjamin Moffitt o Yanis Stavrakakis, y hay muchos otros. Sería fantástico si algunos de los estudiosos más empíricos leyeran realmente a Chantal Mouffe, porque es algo compatible.

Creo que medir es bueno, si es posible. Pero el problema es que muchos conceptos son tan complejos que resulta muy difícil medirlos bien. Poner un valor numérico a algo no significa necesariamente *que tenga* un valor numérico. La noción de que la transición de una democracia liberal a una iliberal implica una distancia uniforme, independientemente de la unidad de medición utilizada, carece de sentido al analizar el paso a una autocracia electoral. Esto refleja una suerte de pseudomatemática en la ciencia política. No estoy seguro de que un concepto como el populismo se pueda medir a nivel de masas. Sí he ayudado a hacer preguntas para medirlo, pero una de las cosas que vemos es que es muy difícil distinguir, de manera comprensible para el público en general y dentro de los límites de una encuesta, la diferencia entre populismo y democracia. Por último, soy sartoriano hasta la médula y estoy en contra de este gradualismo extremo en el que todo es una dimensión. Para Sartori, la cuestión del “esto o lo otro” siempre precede al “más/menos”. Para mí, tiene sentido hablar de más o menos populismo sólo para el subconjunto que es populista. Pero establecer más o menos populismo para actores que fundamentalmente no son populistas no tiene sentido. ¿Qué me dice que alguien sea diez por ciento democrático? ¿Significa que es autoritario?

Creo que cada vez más el método impulsa, junto con los datos, la agenda académica. Creo que Estados Unidos es uno de los mejores ejemplos. Ahí, la ciencia política nunca vio venir, o le costó mucho explicar, el Tea Party, el neoconservadurismo, el fenómeno Trump, todos ellos mucho más importantes que otras cosas muy estudiadas, como los niveles de participación en las elecciones. Pero todo eso

está fuera de los datos y de los métodos tradicionales. Estudiar eso es un suicidio profesional y creo que ése es el gran problema. Esto me lleva a menudo a aconsejar a estudiantes jóvenes que hagan cosas en las que yo realmente no creo. Pero si hicieran lo que yo creo, no conseguirían un trabajo.

MIDL: *Esto se relaciona muy bien con mi última pregunta. Como mencionó usted, ahora es un autor clásico, bien establecido y muy conocido en estas dos áreas y otras de la ciencia política y la teoría política. Pero también mencionó en su conferencia “Leonard Shapiro Memorial Prize”, de 2019, que su obra The Populist Zeitgeist y otros de sus primeros trabajos sobre los partidos de extrema derecha no fueron muy citados durante varios años. Básicamente fue “ignorado”, aunque puede que ése no sea el mejor término. Sólo algunas personas habían leído su trabajo y, de repente, usted tiene más de 47 mil citas en Google Scholar. ¿Qué recomendaría a los estudiantes de doctorado actuales y a los académicos que inician su carrera que están tratando de hacerse de un prestigio?*

CM: Creo que la gente no debería intentar hacer eso y la razón es que, por injusto que sea, la suerte y el pedigrí determinan las carreras en el mundo académico mucho más que el talento y el trabajo duro. Si no eres de ciertas universidades, en varios países, nunca obtendrás una posición en la que tengas los recursos para hacer el tipo de investigación que te puede dar esa fama. Pero mi carrera es un muy buen ejemplo. No diría que mi trabajo fue ignorado. Fue ignorado tanto como lo son otros trabajos académicos por la gran mayoría de personas y académicos. Creo que mi trabajo obtuvo un número de citas bastante decente, pero casi todos los académicos reciben muy pocas citas. En ese sentido, yo no era muy diferente. Simplemente fue ignorado por la corriente central de la disciplina. Y entonces sucedió Trump. Sin Trump no sería tan famoso, no tendría estas citas. Lo acabo de buscar y alrededor de dos tercios de mis citas son de los últimos cinco años, aunque he publicado desde hace 25. Eso no se debe a nada de lo que hice, sino a Trump. Por lo tanto, no tiene sentido tener una estrategia racional para algo que es irracional. Hasta cierto punto, las carreras académicas son así, junto con el pedigrí. Por ejemplo, una vez que estás en Harvard eres famoso simplemente por estar en Harvard. Pero la mayoría de nosotros no estamos ahí.

Si ése es el caso, entonces haz lo que te interesa y trata de hacerlo de la mejor manera en la que crees, porque entonces harás un excelente trabajo. Hay personas que son muy competentes, que realizan un trabajo muy competente, pero que tienen muy poco interés en lo que hacen. Nunca he entendido por qué están en la academia. La mayoría de estas personas tienen un enfoque cuantitativo. Pueden hacer lo mismo en otro lugar y ganar mucho más dinero. Para mí, vas a la academia porque sientes curiosidad por algo. Es muy importante que la gente no estudie simplemente el tema candente del momento, porque, en cuanto te subes a él, ya es demasiado tarde. Esto importa particularmente para los doctorados. A menudo, los estudiantes de doctorado buscan lo más interesante de ese momento, pero defenderán su doctorado cinco años después. Para entonces habrá algo más o el mercado de expertos se habrá saturado.

Creo que el impacto se logra, primero que todo, por medio de la teoría y no por medio de lo empírico. Como usted dijo antes, mi trabajo ha sido en gran medida conceptual. De hecho, creo que nunca en mi vida he tenido una teoría explicativa. Pero, claro, los conceptos son teóricos en cierto nivel. Mis citas son sobre conceptos, teoría, cómo veo a la extrema derecha, cómo la relaciono con los temas centrales. Lo mismo ocurre con el populismo. Así que no se debe escatimar la teoría. Y la teoría no es lo mismo que las hipótesis. La teoría es una idea de cómo funciona el mundo. Eso significa que uno necesita leer ampliamente.

Hasta hace poco, mi trabajo más citado era mi segundo libro, *Populist Radical Right Parties in Europe* (Cambridge University Press, 2007), que en general ha tenido mucho éxito y ganó un prestigioso premio. Creo que una de las razones clave es que integra conocimientos de muchos subcampos de la ciencia política. No se trata sólo de partidos de extrema derecha, sino de política electoral, de política partidista. Esto se está volviendo cada vez más difícil de hacer, porque ahora hay tanta gente con tanta producción que es imposible leerlo todo sobre el populismo. Pero, en realidad, es mucho mejor leer menos sobre populismo y más sobre cualquier cosa que haga. Si analizas el populismo en las redes sociales, deberías leer sobre las redes sociales en general, porque la mayor parte de tu teoría surge de estudios sobre redes sociales, no de estudios sobre populismo. Por eso siempre digo que no soy un estudioso de “la extrema derecha” y mucho menos del “populismo”. No sé casi nada sobre las redes sociales de extrema derecha o la violencia de extrema derecha. Soy un estudioso de los partidos de extrema derecha en Europa y, hasta cierto punto, entiendo más sobre la mecánica y las teorías de los partidos demócrata cristianos en Europa que sobre las redes sociales de extrema derecha en Brasil. Pero muchas personas que estudian el populismo o la extrema derecha sólo trabajan dentro de ese subcampo y leerán cualquier cosa sobre la extrema derecha en lugar de, digamos, sobre las redes sociales.

Finalmente, pero esto es muy personal, odio el término politólogo. Creo que hay algo de envidia de las metodologías de las ciencias, antes eran economía y ahora son más psicología. Demasiada gente está ocupada con la ciencia política. Yo estoy ocupado con la política. Realmente no me importa cuál sea el gran debate en la ciencia política. Intento entender lo que está pasando en el mundo. Para mí, lo académico tiene una función social: la mayoría de los académicos trabajan en instituciones públicas; están financiados por el público y deberían devolver algo al público. Ya sea que tengan las últimas ideas en un debate de ciencia política que sea relevante para 15 personas o si realmente puede contribuir a comprender por qué ha surgido el último partido político, o si estamos hablando de vivienda en el contexto del asilo y no en el contexto del Estado de bienestar; creo que eso es mucho más útil.

Nuevamente, no me interprete mal, hablo desde mi situación de privilegio. Tengo un puesto permanente y hoy en día no podría hacer la misma carrera haciendo lo mismo. Si saliera de la escuela de posgrado ahora, fuera de las universidades de la Ivy League, con el tipo de publicaciones que tenía en ese momento, que luego

me distinguieron por ser extremadamente productivo, tendría que estar luchando por conseguir un puesto hoy.

MIDL: *Muchas gracias, profesor Mudde. Creo que estos puntos serán muy útiles para las y los jóvenes académicos, y la entrevista, en general, será realmente útil para nuestros colegas en México y América Latina.*



Cas Mudde es doctor en Ciencia Política por la Universidad de Leiden. Es profesor Stanley Wade Shelton UGAF de Asuntos Internacionales y profesor investigador distinguido en la Universidad de Georgia. Después de haber ocupado puestos en la Central European University (Budapest, Hungría), la Universidad de Edimburgo (Reino Unido) y la Universidad de Amberes (Bélgica), se mudó a los Estados Unidos en 2008. Ahí, ha sido profesor visitante en la Universidad de Oregón (2008-2009), *visiting fellow* de la Universidad de Notre Dame (2009-2010), Nancy Schaenen *visiting scholar* (2010-2011) y profesor distinguido Hampton y Esther Boswell de ciencias políticas (2011-2012) en la Universidad DePauw.

Su agenda de investigación gira en torno a una pregunta central: ¿cómo pueden las democracias liberales defenderse contra los desafíos extremistas sin socavar sus propios valores fundamentales? Su trabajo es principalmente de naturaleza conceptual y empírica. Después de centrarse inicialmente en Europa occidental, amplió su enfoque a Europa oriental y desarrolló un interés secundario en América del Norte y Sudamérica, así como en Israel. La mayor parte de su investigación se ha centrado en el campo del extremismo y la democracia, particularmente los partidos de extrema derecha. Sus intereses académicos secundarios incluyen la sociedad civil, la conceptualización, la democracia y la democratización, los partidos políticos, los movimientos sociales y el fútbol y la política.

Mauricio I. Dussauge Laguna es doctor en Ciencia Política por la London School of Economics and Political Science (LSE) y miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel III. Actualmente es profesor investigador y coordinador de Investigación de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), México. Sus temas de especialización son: servicios civiles, reformas administrativas, combate a la corrupción, transferencia de políticas públicas, gestión por resultados, organismos reguladores y populismo.